

Intervención ante la Asociación Valenciana de Empresarios

Valencia, 09.01.17

Me siento muy honrado de estar hoy aquí respondiendo a la invitación de la Asociación Valenciana de Empresarios, que agradezco muy sinceramente.

Una Asociación que conozco bien.

Primero, porque su actividad se remonta a los años ochenta, y eso es un buen indicio de su seriedad, de su trabajo y de su sentido social. En tiempos de tanta novedad efímera, y muchas veces inútil, conviene reivindicar lo duradero y lo solvente.

Segundo, porque soy amigo personal y admirador del talento y de la capacidad de trabajo de destacados miembros de esta casa.

Tercero, porque la Asociación Valenciana de Empresarios expresa valores fundamentales e ideas necesarias, que hago mías, que se deben reconocer como esenciales para nuestra sociedad.

Me refiero, por un lado, al papel básico de la empresa familiar en el fortalecimiento y en el arraigo del tejido productivo en toda España.

Y, por otro, a la potencia de la Comunidad Valenciana como elemento dinamizador de la economía española.

Como he dicho tantas veces, aquí siempre ha habido emprendedores; siempre ha habido capacidad e iniciativa para crear prosperidad y empleo.

Por eso, aprecio y valoro mucho el trabajo que realiza la Asociación Valenciana de Empresarios y, modestamente, os animo a que sigáis realizando esta labor en la que sé muy bien que está presente vuestro compromiso con esta Comunidad y con el futuro de España.

La Comunidad Valenciana no sólo ha sido un gran motor de crecimiento económico y de empleo.

También ha sido un factor esencial para el equilibrio territorial dentro de nuestro país. La Comunidad Valenciana ha contribuido en una medida muy apreciable a la articulación del sistema autonómico.

Una autonomía muy desarrollada, pero volcada en integrar, en construir y en cohesionar alrededor de lo común. Esto le ha permitido:

- alcanzar el máximo nivel competencial,

- desarrollar sin fracturas internas sus innegables singularidades culturales y lingüísticas,
- lograr el éxito de su proyecto de modernización y crecimiento.

No es poco. Y, desde luego, es mucho más, mucho mejor y ajustado a la realidad que los retratos tenebristas de la Comunidad Valenciana que con frecuencia se fabrican interesadamente; retratos o bien parciales o bien directamente falsos que pretenden ocultar una clara historia de éxito.

Y digo esto porque lo que se haya hecho mal, que lo habrá, no es exclusivo de la Comunidad Valenciana. Pero sí es propio de sus instituciones y de su sociedad civil, bien representada aquí, el impulso que ha hecho posible más bienestar, mejor tejido productivo y mayor proyección en el conjunto de España. No todos pueden decir lo mismo.

Ese éxito tiene tras de sí nombres y apellidos. Tiene tras de sí biografías dedicadas a la política, a la cultura, a la economía. Muchos de sus protagonistas están representados hoy aquí. Otros ya no se encuentran entre nosotros. Pero todos merecen ser recordados y reconocidos.

Creo que la clave del éxito que la Comunidad Valenciana en su trayectoria de las últimas décadas, ha sido una buena comprensión de la singularidad. Una singularidad integradora dentro de un proyecto nacional compartido.

Claro está que no me refiero a la singularidad que cultivan los particularismos. Ni a la singularidad de los que siempre creen tener derecho a exigir más.

No me refiero a la de quienes creen que la historia les hace acreedores de más derechos pero de ninguna obligación hacia aquellos con los que han compartido esa historia.

Tampoco a la de los que transforman el derecho a la diferencia en diferencia de derechos, ni a los que quieren hacer del espacio democrático común una destructiva confrontación de identidades.

No me refiero a ese tipo de singularidad porque esa es la que Valencia no ha querido practicar.

Su singularidad es darse cuenta de su posición y de su papel en el Estado autonómico; la de no caer en las tentaciones del radicalismo.

Es la singularidad de reivindicar una identidad integradora no “a costa de” sino con todos esos componentes que hacen de esta Comunidad una expresión alentadora de lo español.

Creo que esa perspectiva desde la que la Comunidad Valenciana ha trabajado en construir su autonomía y definir un nuevo papel de influencia dentro de España, es la buena.

Es la que necesitamos siempre y especialmente ahora, aquella en la que se debe perseverar.

O mejor dicho, es la que hay que recuperar y fortalecer.

La Comunidad Valenciana debe recuperar su papel en España. Porque -permitidme decirlo- cuando lo ha abandonado, cuando le han hecho abandonar esa posición propia para imitar a otras peores, las consecuencias se han hecho evidentes.

Y son consecuencias muy negativas para la Comunidad, para el equilibrio territorial y para el proyecto nacional común, que debe ser afirmado y defendido.

La posibilidad de esa recuperación tiene mucho que ver con vuestro trabajo y con la intensa actividad que desarrolla esta asociación para situar al empresario, al emprendedor, en el lugar que merece y que necesita cualquier sociedad desarrollada.

Y pasa también por el protagonismo activo de la sociedad civil organizada, que tiene que desempeñar un papel esencial en la regeneración de las instituciones.

Y en los debates políticos y sociales trascendentales que tenemos ante nosotros, que no comprometen solo a los políticos, sino a toda la sociedad, puesto que es su futuro el que está en juego.

Pero que la Comunidad Valenciana recupere esa posición de liderazgo exige, también, compromisos políticos firmes y renovados.

Se necesitan, por ejemplo, infraestructuras estratégicas para seguir desarrollando el potencial exportador y atraer inversiones.

Y se necesita iniciativa para promover modelos innovadores de provisión de servicios públicos, que el espíritu emprendedor de esta tierra ya ha sido capaz de generar.

Y, finalmente, se necesita un modelo de financiación autonómica que no deje permanentemente infrafinanciado a nadie.

Me permito recordar que el modelo de financiación de 2001 concitó el mayor apoyo alcanzado hasta hoy.

Y para avanzar de nuevo hacia aquel ejemplo de diálogo y de equilibrio, hay que evitar modelos como el de 2009, actualmente caducado pero vigente, pensado y ejecutado para beneficiar a algunos a costa de otros.

Me gustaría dedicar unos minutos a hacer unos comentarios sobre la situación económica en España.

2016 ha sido un buen año económico tanto para España como, en concreto, para la Comunidad Valenciana, con un crecimiento superior al 3%.

Esa tasa de crecimiento prolonga la del año anterior, y todas las previsiones sitúan la de este año que acabamos de empezar en torno al 2,5%.

Esta evolución del crecimiento, unida al efecto de la reforma laboral -a mi juicio necesaria y acertada-, ha permitido la recuperación del empleo, como acaban de reflejar los datos conocidos la semana pasada.

Vosotros tenéis una percepción muy precisa de cómo están evolucionando estas variables. Y sabéis que la salida de la crisis obedece a una buena combinación de consumo, inversión y exportaciones.

El ciclo económico interno es favorable, más aún viniendo de tan abajo como venimos, y además ha estado potenciado por esos llamados vientos de cola de sobra conocidos: los efectos de tipos de

interés y precios del petróleo en mínimos históricos, y una evolución favorable del euro para nuestras exportaciones, entre otros. Y también por la ganancia de competitividad conseguida mediante un duro ajuste de rentas.

Ahora el desafío es la sostenibilidad de la recuperación, la continuidad en la creación de más y mejor empleo de forma que sus beneficios se extiendan a quienes más han padecido la crisis.

Pero el desafío que nos plantea el futuro de la recuperación no es sólo una cuestión derivada de la incertidumbre geopolítica internacional, ni del repunte proteccionista que se atisba o de la subida del precio del petróleo.

El principal riesgo que afronta la sostenibilidad de la recuperación económica es el riesgo político interno.

Parece bastante probable que el contexto global no sea tan favorable como ha sido en los dos últimos años: ni en tipos de interés, ni en precio del petróleo, ni en cotización del euro.

Los vientos de cola no van a soplar tan fuertes y eso hace necesario reemprender el camino de las reformas, retomar una verdadera agenda reformista que, a mi juicio, está incompleta.

La alternativa a este esfuerzo es confiar en un crecimiento inercial. Pero, sin reformas, eso no bastará para corregir los desequilibrios que lastran todavía la economía española.

La fragmentación parlamentaria y el gobierno en minoría constituyen un escenario poco propicio para las reformas, es cierto. Más aun, la tendencia es que los pactos se cierren a base de incrementos de gasto y de compromisos que no incluyen reformas de calado.

El gasto público ya fue en 2015 muy superior al registrado en 2007, el año antes de la crisis económica. Y en cuanto a las reformas, todavía tenemos que cerrar el largo paréntesis abierto con el comienzo del ciclo electoral en 2014.

Soy muy consciente de las actuales limitaciones de un gobierno hoy en minoría -después de cuatro años de mayoría absoluta- y por eso creo que esta reflexión atañe a todas las fuerzas políticas y apela a su responsabilidad.

Sé bien que gobernar no es fácil y puedo evocar mi propia experiencia en un gobierno sin mayoría parlamentaria, recién llegado al ejercicio del poder y comprometido con objetivos muy exigentes de convergencia con Europa para fundar el euro.

Pero dicho todo lo anterior, creo que el dilema de este tiempo no puede ser el de elegir entre acuerdos o reformas. Necesitamos las dos.

Y las necesitamos porque tenemos que ensanchar con urgencia la parte productiva de la sociedad española. Esta debe ser la respuesta estratégica a las tendencias de fondo que desequilibran nuestro modelo de bienestar.

Por eso me parece que no es bueno que se asiente la creencia de que la única forma de reducir el déficit público consiste en subir los impuestos.

Me parece que no es bueno que se vea el déficit público como elemento generador de crecimiento y empleo, y que se acuda a la deuda como un recurso indoloro para pagar el Estado del bienestar.

Porque el precio de la deuda no lo decide quien la vende sino el mercado, y eso es tanto como poner el coste y el futuro del bienestar en manos de algo siempre imprevisible, pero que difícilmente seguirá siendo tan favorable como lo ha sido últimamente.

Todo lo que se paga con deuda se paga más caro.

Por ejemplo: no veo sentido en proponer el recurso a la deuda como solución a un problema de sostenibilidad estructural del sistema de pensiones; porque eso es proponer como solución que el sistema siga igual pero que su coste sea imprevisible y en todo caso más caro.

Impuestos altos, déficit y deuda son lo contrario del círculo virtuoso en que la economía española debe anclar su crecimiento y, por tanto, el empleo y la viabilidad futura del Estado de bienestar.

La estabilidad presupuestaria y las reformas estructurales no son una opción sino un imperativo, si se quiere dejar atrás la crisis y participar con éxito en la economía global.

Mantener déficits públicos elevados nos hace vulnerables porque nos hace depender de políticas monetarias que es seguro que irán girando hasta ser menos favorables.

Niveles de endeudamiento elevados restan crecimiento económico, detraen recursos de la economía productiva y crean una espiral de casi imposible salida.

Relajar los esfuerzos por reducir los niveles de déficit público sería una decisión equivocada, tanto como aceptar la falsa dialéctica que contrapone rigor fiscal y crecimiento.

El déficit público persistente en el tiempo no crea empleos. Lo he dicho anteriormente y lo reitero hoy: los empleos que no estén soportados por reformas económicas sino por déficit se irán con el ciclo económico, y el déficit se quedará.

España debe acometer una reforma fiscal integral. No se trata de subir o bajar este o aquel impuesto. Se trata de orientar el sistema tributario al crecimiento económico y a su potencial recaudatorio evitando las distorsiones que genera hoy.

Las empresas necesitan entornos predecibles en los que poder planificar a largo plazo.

España necesita revisar los instrumentos del Estado del bienestar haciéndolo más eficiente y viable, como un gran acuerdo de solidaridad intergeneracional. Pero también para contar con un modelo de bienestar más eficaz a la hora de reducir los niveles de pobreza, que no nos debemos permitir.

El mundo está cambiando y no espera a nadie. Y esto nos debe hacer reaccionar cuanto antes.

La globalización y la transformación digital se retroalimentan y aceleran los cambios. Aquellos países y aquellas empresas que no sean capaces de adaptarse a la nueva situación están condenados a la irrelevancia y al atraso.

Tengo la oportunidad de pasar mucho tiempo fuera de España y de Europa, visitando muchos países al cabo del año. Compruebo la rapidez asombrosa con la que otros países se adelantan en la adaptación a estas transformaciones.

El cambio reclama cambio. En España y en Europa, si es que aspiramos como españoles y europeos a que se oiga nuestra voz y se proyecte nuestra influencia dentro del nuevo mundo que se está creando.

Más aún después del Brexit, Europa necesita abandonar los interminables debates existenciales y generar resultados que sean visibles para los ciudadanos. Y no estoy hablando sólo de economía.

Es preciso y urgente culminar la construcción de la eurozona como elemento fundamental de garantía del euro, frente a las turbulencias que seguro volverán en el futuro. Y abordar reformas estructurales, así como hacer plenamente efectiva la integración del Mercado Interior.

Necesitamos superar las muchas rigideces que lastran nuestras economías. Y generar los entornos necesarios para que la innovación y el conocimiento sean los motores de nuestro crecimiento y bienestar futuros.

Y necesitamos igualmente dar respuesta conjunta, desde Europa, a los ataques permanentes a nuestros valores y a nuestro modo de convivencia. En una Europa que se ve débil y que tiene ante sí la gran incógnita sobre su posición ante el previsible cambio de la relación entre Estados Unidos y Rusia.

Seguramente, estamos en la antesala de transformaciones verdaderamente estructurales del orden internacional, las más importantes desde el final de la Guerra Fría.

Y tenemos que asumir que como europeos vamos a tener que hacer un gran esfuerzo para asegurar nuestra posición en ese modelo internacional de nuevas relaciones de poder e influencia. Nadie lo va a hacer por nosotros.

No va a faltar trabajo ni van a sobrar los liderazgos que deberían señalar la dirección a seguir. Que deberían plantear a la sociedad los problemas que debemos afrontar, y proponer las opciones para hacerlo.

Estamos ante la necesidad de un gran esfuerzo colectivo del que nadie puede desentenderse. Tampoco la sociedad civil, tampoco asociaciones como esta.

Por eso quiero concluir esta intervención como la empecé. Agradeciendo a la Asociación Valenciana de Empresarios su invitación a esta jornada y, sobre todo, su gran labor en la defensa de los intereses de los empresarios, de la Comunidad Valenciana y de España.